

ADALBERTO TEJEDA

Salido de la Escuela Nacional de Ingenieros, como Enrique Estrada y Rafael Buelna, el veracruzano Adalberto Tejeda formó en las filas de la Revolución, como uno de los valores más firmes y decididos. Fue radical en toda su actuación, lo mismo en el ejército que cuando ocupó elevados cargos en la administración pública. Callado y de suaves maneras, fue inflexible cuando se trató de imponer las leyes y reformas revolucionarias. Fue de los hombres más odiados por los enemigos del progreso de México. Cayó de pie.

Cuando el pueblo respondió al llamado de Madero, alistándose para combatir la dictadura de Porfirio Díaz, las escuelas profesionales dieron un contingente apreciable de jóvenes preparados a la lucha. Surgieron soldados de la Escuela de Agricultura, de la Normal de Profesores, de Bellas Artes, de la Escuela de Ingenieros (Minería), de Medicina y de Jurisprudencia. Recordados al azar diré algunos nombres: de Agricultura, Guillermo Fuentes, José Llorenas y Segundo Iturrios, que partieron al norte a participar en la toma de Ciudad Juárez; Nemesio Vargas y Ezequiel Betanzos, que se fueron a Veracruz, a incorporarse con el general Rafael Tapia, y Alfonso Miranda, con un hermano cuyo nombre escapa a mi memoria, que se fueron a Morelos, con Zapata. De los combatientes de la Normal sólo recuerdo a quienes ingresaron a la lucha en 1913 y 1914. Igual cosa me sucede con los revolucionarios de Bellas Artes. De la Escuela de Ingenieros hay que acordarse de Enrique Estrada, quien fue uno de los primeros maderistas estudiantiles y que, junto con Rafael Buelna, llegó a ser un destacado jefe del ejército: dos generales que dejaron un distinguido historial. De Medicina tendríamos que recordar a quienes formaron parte de la Cruz Blanca Neutral, organizada por Elena Arizmendi y dirigida por el doctor Rosendo Amor. Otro médico que comenzó a figurar en la Revolución desde 1910 es José Siurob.

El estudiante de Ingeniería Adalberto Tejeda, fue de los que abrazaron la causa de la Revolución en los primeros tiempos. Nacido en el norte de Veracruz, en Chicontepec, un pueblecillo que está en la sierra, muy cerca de los límites con el estado de Hidalgo, Tejeda era un hombre de campo. Acostumbrado a trabajar al aire libre, como agricultor y en labores de agrimensura, estaba preparado a formar en las filas de los libertadores, ya que ni el clima, ni el Sol, ni las más pesadas jornadas le producían cansancio o debilitaban su ánimo. Era hombre vigoroso y resistente, buen jinete y con dotes de mando. Así se explica que en poco tiempo comenzó a sobresalir entre sus compañeros de armas, hasta alcanzar el grado de jefe de corporación, es decir, coronel. Como nunca fue militarista ni le atrajo el uniforme militar, en coronel se quedó, vistiendo siempre el traje de civil. Cuando las necesidades de la campaña lo obligaban a llevar prendas de militar, nunca portó insignias. Por eso, aun cuando en los últimos años de su vida fue ascendido, nadie le llamó el general sino el coronel Tejeda.

*
* *

Adalberto Tejeda fue hombre de una pieza. Su vida describió una línea recta, sin interrupciones ni resquebraduras. Observando la rectitud de su carácter, se tenía la sensación de que aquel caballero de suaves maneras no tenía sino una palabra y que nada ni nadie podría hacerle torcer el camino que se había trazado. Imponía respeto y simpatía. A pesar de ser muy serio habitualmente, su sonrisa era cordial, acogedora.

Tejeda tuvo muchas oportunidades para demostrar su valer y la fuerza de sus convicciones. Cuando fue gobernador de Veracruz, pasó serenamente por un período de convulsiones y de peligros. Nada le arredraba y con toda calma recibía los insultos de sus enemigos y hasta las balas que le dispararon a quemarropa. Era hombre que despertaba pasiones violentas: de sus adversarios, que lo odiaban hasta la muerte; y de sus amigos que hubiesen dado sus vidas por salvarlo. El gobernador Tejeda tuvo serias dificultades con las compañías petroleras, que explotaban los yacimientos del subsuelo en el norte de Veracruz. Esas empresas no se resignaban a cumplir las leyes emanadas del artículo 27 constitucional y se habían propuesto mantener la inquietud en los campos petroleros, para lo cual organizaron guardias blancas que se oponían a las autoridades y a

las fuerzas del gobierno. Sin embargo, la voluntad de Tejeda se impuso y la autoridad local fue respetada.

En 1916 Tejeda resultó elegido diputado por el tercer distrito electoral de Veracruz, al Congreso Constituyente de Querétaro. Desafortunadamente no pudo ocupar su curul, debido a que necesidades de la campaña reclamaban su presencia en territorio veracruzano. Lo sustituyó su suplente, Enrique Meza, quien hizo un papel decoroso en Querétaro y perteneció a las izquierdas del Constituyente.

Tejeda ocupó cargos importantes en la administración pública federal. Durante pocos meses fue secretario de Comunicaciones y Obras Públicas y durante varios años secretario de Gobernación. En este delicado encargo, a las órdenes del Presidente Calles, realizó Tejeda una obra acertada y bien definida. Era un revolucionario radical y cuidó de hacer cumplir los postulados que en nuestra Constitución ordenan vigilar el cumplimiento de los artículos 3, 27, 123 y 130. Con entereza, patriotismo y voluntad inflexibles, hizo que se respetaran y cumplieran las leyes que afectan al clero, a los latifundistas y a los empresarios que tienen a su servicio numerosos trabajadores. La nueva legislación tenía que imponerse y en aquel momento hacían falta hombres de la contextura moral de Tejeda para lograrlo.

*
* *

Aunque para muchos Tejeda parecía un hombre rudo, sin educación, quienes lo conocimos teníamos datos para asegurar que se había cultivado bien y que era un enamorado del arte y de las buenas letras. Estuvo a punto de recibirse como ingeniero y dedicó mucho tiempo al estudio de la música. Tocaba un poco el violín y preferentemente el violonchelo. Asistía a los conciertos, sobre todo si eran sinfónicos. Gustaba del ballet y admiraba a los grandes maestros de la pintura y del cincel. Además, leía mucho y era un hombre de bastante cultura científica. Todo esto lo hacía en silencio y rara vez se explayaba ante sus interlocutores para hacer gala de sus conocimientos. Callado y modesto, era más bien un hombre dedicado a la observación que a la oratoria.

Cuando en 1929 una fracción del ejército se levantó en Veracruz contra el gobierno, el coronel Tejeda —sin pedir permiso a nadie—, se fue al monte a organizar grupos de sus amigos agraristas y en poco tiempo tuvo un contingente respetable, que puso a disposición de las autoridades constituidas.

Tejeda representó a México, decorosamente, al frente de representaciones diplomáticas en Alemania y el Perú.

En 1961 bajó a la tumba y su recuerdo, en vez de perderse en el olvido, parece que día a día se acentúa más. Porque cuando se trata de evocar a los verdaderos paladines de la Revolución Mexicana, surge el nombre del coronel Tejeda: limpio, sereno, conquistador.